

Viernes XII del TO Ciclo B



28 de junio de 2024

2Re 25,1-12

Sal 136

Mt 8, 1-4

P. Eduardo Suanzes, msps

En la Primera Lectura se narra el golpe definitivo que Nabucodonosor realiza sobre Jerusalén del que hablábamos ayer. En el relato de ayer se nos relató el primero, ahora el definitivo. La deportación a Babilonia, el desastre nacional, se cristaliza en su totalidad. Es el año 587 ó 586 a.C.

En el Evangelio, nada más terminar el Sermón de la Montaña, por el camino se encuentra con un leproso.

En la mayoría de culturas antiguas¹, la enfermedad es interpretada como una forma de desviación social y, por tanto, "mancha" que estigmatiza a quien la posee, es decir, que tiene un efecto social. Pero en cada zona, tal sistema cultural tenía sus connotaciones precisas. Así, la concepción judía de la salud estaba muy determinada por el **modelo del Levítico**, basado en un estricto sistema de pureza. Pureza viene a equivaler a "lo que está en su lugar", lo que está en consonancia con los valores centrales de una sociedad. Impureza, por contra, es lo que está fuera de ese orden establecido y estructurado. Este estricto sistema de pureza influía, acentuándolo negativamente, en el estatus social de los enfermos. En el sistema levítico de salud, la "lepra" y otras enfermedades crónicas implicaban impureza y pecado, y, por lo tanto, la exclusión social del enfermo² no tanto por el peligro de contagio, sino por razones de "pureza ritual" (enfermo=impuro).

En definitiva, para curar una dolencia era necesaria la recuperación del significado de un individuo en la sociedad, su reintegración al lugar que ocupaba en la comunidad. Y también era precisa la aceptación comunitaria de las acciones de un sanador.

Jesús podría encajar en la categoría de sanador popular-étnico. Él no era un profesional de la medicina. No se limitaba a actuar en el ámbito meramente familiar o de grupo, sino que sanaba a desconocidos y en público, como con el leproso de hoy. Jesús "se implica" personalmente con quien padece las dolencias y con su sistema cultural de creencias, posibilita el reintegro digno a la comunidad de quien antes estaba marginado de ella, arriesgándose a provocar la aceptación o el rechazo de la comunidad³. Pero este Jesús sobrepasa o difiere del sector de la medicina popular doméstica, de la profesional, y también, incluso, de los sanadores étnicos de la época. En efecto, los evangelistas ven en la

¹ Cfr. SIXTO IRAGUI AGUIANGA. (Profesor de la Escuela de Teología de la Universidad de Tudela). *El Jesús Histórico. Las sanaciones de Jesús.*

² Cfr. Lv 13-15

³ Como en Mc 5,17

acción sanadora de Jesús un significado que va más allá del mero alivio que supusieron las dotes curativas de Jesús para la salud de algunos enfermos de la Palestina de los años 28 a 30. Las sanaciones de Jesús fueron soportes para unas ideas teológicas centrales que los evangelistas trataban de comunicar. La sanación, en este caso del leproso, no es una mera crónica de un hecho histórico, sino que en la intención del evangelista está detrás (y es mucho más importante) el símbolo, el mensaje. Porque eso son todos los evangelios: transmisores de la **buena noticia** que fue Jesús de Nazareth y que es el Cristo resucitado. Buena noticia de sanación, de liberación, de ruptura de todas las cadenas que atan al ser humano, incluida la de la muerte.

Como hemos dicho, los leprosos son símbolo de los marginados totales, de los siempre solos y aislados. Son, en definitiva, muertos vivientes⁴. El leproso del relato rompe las reglas, pues se acerca a Jesús (cosa que tenía terminantemente prohibido y penado) llevado por su postración.

Se pone de rodillas, se postra, signo de su indigencia radical, como si dirigiéndose a Jesús se dirigiera a Dios mismo. Y expresa su fe: «*si quieres, puedes limpiarme*» (no «curarme», como dice la liturgia). El condicional «*si quieres*» parece indicar que se considera indigno, sin derecho a nada, dependiente de la benevolencia ajena. Es la situación de tantos marginados que acaban automarginándose culpablemente ante el peso de la tradición y de la presión social que los considera indignos. Pero este hombre expresa fe o confianza: al unir «*puedes-quieres*» está equiparando el poder de Jesús al de Dios. Porque lo que pide es que le «*limpie*», no que le cure la enfermedad (en todo el pasaje no se habla de curar sino de limpiar). El mayor mal de este hombre es la **impureza** ritual que se le ha impuesto, por religión, como plomo fundido esparcido por su cuerpo. Ha sido condenado por su religión a estar alejado no sólo de los hombres, sino, sobre todo, de Dios. La impureza es eso: alejamiento de Dios. A este hombre (y a todos los que simboliza) le han imbuido que Dios no quiere nada con él, que Dios le rechaza, y eso conlleva para él un radical complejo de mancha, de indignidad ante Dios, y, con ello, la pérdida de toda expectativa vital y de salvación. Es un muerto en vida, es un condenado. Aquí está el fondo del relato.

Jesús extiende la mano y «**toca**» al leproso (asunto grave tocar a un impuro de este calibre: por ley, Jesús se hace impuro). Porque siguiendo la Ley, tendría que haberse apartado del leproso, pero no lo hace. Toca al intocable, le hace presente físicamente su proximidad, piel con piel, estableciendo un flujo de intercomunicación integradora, inclusiva, lo contrario a la exclusión que marca la Ley. Y expresa su sentir: «**quiero, queda limpio**». Jesús habla en tono imperativo y soberano, como Dios.

El sentido de todo esto es que el leproso no es impuro, y que la impureza no viene de Dios. Al contrario, la voluntad de Dios («*quiero*») es integrar al hombre en su seno («*queda limpio*»). Dios no es exclusión marginadora, sino inclusión liberadora. Al hablar Jesús como Dios se le identifica con Él, y, dado el sentido pedagógico del evangelio, se invita a todo discípulo a que también se identifique con Dios, y a que sea "divino" hablando-haciendo eso

⁴ Cfr. Núm 12,12

que Dios es y que cada uno es, es decir, integrando en su ser a todos, acercándose a los intocables, tocándoles y expresándoles su sentir: quiero, queda limpio. Nadie es "rechazable" (impuro), ya que Dios es todos sus hijos y todos son hijos de Dios.

Si lo pensamos bien, la verdad es que la prohibición de Jesús hacia el leproso de no decir nada sobre el asunto, no tiene el más mínimo sentido realista, pues si el leproso ha dejado de serlo, eso saltará a la vista de todos, a menos, claro está, que tenga otro sentido esta prohibición. En efecto, lo tiene; y su sentido simbólico-teológico es el tema del *secreto mesiánico*. Jesús prohíbe que se le califique como Mesías poderoso y triunfante porque su mesianismo va a ser otro: el fracaso, el anonadamiento, la entrega de la propia vida. Jesús no ha venido a "ganar" sino a "perder", a servir, y quien le siga deberá estar dispuesto a esforzarse, a renunciar, a trabajar calladamente, a no ganar nada, a perder e, incluso, a donar la vida. Aclamar a Jesús como el mesías triunfador que resuelve la vida y sus riesgos con portentos es una tentación rechazable (por eso, tales aclamaciones suelen ser puestas en boca de demonios). Este es el mesianismo de Jesús y el camino que deberá asumir todo discípulo. El «amor arriesgado» es lo contrario a la religiosidad triunfalista donde un Dios portentoso lo resuelve todo.

Y una segunda orden: «*muéstrate al sacerdote*». La Ley mandaba a los que sanaban de una enfermedad de piel que fueran al sacerdote para que certificara su sanación. ¿Por qué Jesús manda al leproso que cumpla la Ley? No es, ciertamente, por «legalismo» (Jesús ha transgredido la Ley varias veces a lo largo del evangelio), sino que tiene que ver con el concepto de «sanación» evangélico: no basta con que el individuo sane interiormente, personalmente, sino que la sanación tiene una dimensión social, como hemos dicho antes. No basta con dignificar con el amor personal dado al marginado, sino que también hay que reintegrar a éste en la sociedad (pues eso es la marginación social: la sociedad "aparta" a la persona). Si el leproso va al sacerdote y éste certifica su curación, el leproso podrá volver a encontrarse con la gente, trabajar, vivir en sociedad; es decir dejará de ser un marginado.

Además, esta segunda acción puede mostrar a los sacerdotes (vigilantes celosos de lo puro-impuro) que la sanación de Dios ha llegado, que ya no hay «puro» ni «impuro» a los ojos de Dios.